

Seguridad Social para el Escritor

por Sebastián Salazar Bondy

A partir del primer día de 1957 Emile Zola y Julio Verne, entre otros, contribuirán con su dinero a ayudar a sus colegas escritores de hoy. No se trata de ninguna prueba de espiritismo, sin embargo. El secreto de esta solidaridad póstuma se encuentra en una reciente ley que crea la Caja Nacional de las Letras, instituto de seguridad social por el cual los intelectuales franceses vienen luchando desde hace diez años. Según lo dispone la flamante norma, ya no habrá aquí escritores en la indigencia, en el desamparo, en la enfermedad, ni existirán manuscritos valiosos enmoheciéndose en los archivos privados por falta de editor. En pocas palabras, la nueva disposición incorporará a los intelectuales a la ciudadanía que goza de la protección y el auxilio estatales.

¿Cómo es que Zola y Verne intervendrán en este organismo? Muy sencilló. La base económica de la Caja provendrá de varias fuentes. En primer término, la ley fija la propiedad de una obra en 50 años después de la muerte de un autor en beneficio de sus herederos la prolonga en 15 años más para fomento de los fondos de la institución. De esta manera, todos los escritores desaparecidos entre 1892 y 1907 comenzarán

a dar su aporte de inmediato a esta "Cuenta de solidaridad" que viene a crear un respaldo para la silenciosa y tantas veces heroica labor de quienes meditan y ponen en el papel el fruto de sus desvelos intelectuales.

El Estado, por cierto, colocará una suma inicial de 20 millones de francos (menos de un millón de soles) a fin de financiar el funcionamiento de la Caja. Los editores, a su vez, le entregarán el 0,2 por ciento de sus utilidades, siempre y cuando éstas sobrepasen los 10 millones anuales. Por último, los propios escritores, a través de sus sindicatos y sociedades, pagarán una cotización mínima que será próximamente fijada por el Ministerio de Trabajo. El capital de la entidad permitirá sostener la actividad literaria —entendida ésta con mucha amplitud de criterio— por medio de donaciones, becas, subvenciones y créditos, prestaciones encaminadas a procurarle al autor la seguridad económica que frecuentemente le falta. La Caja, además, desempeñará el papel de empleador en los casos en que la situación particular del asegurado así lo exija.

La composición del cuerpo directivo de la entidad revela los tipos de intelectual que serán

beneficiados. Aparte del Director de Artes y Letras —funcionario ministerial—, estarán ahí dos miembros de la Academia Francesa, uno de la Academia Goncourt, tres de la Sociedad Gentes de Letras, uno de la Sociedad de Poetas Franceses, uno de la Sociedad de Historia Literaria y uno de la Sociedad de Autores Dramáticos, a los que se unirán representantes del Sindicato Nacional de Editores y del Círculo de Libreros. Es interesante anotar que de tales delegados dependerá no solamente la marcha financiera de la Caja sino también la publicación de libros que, por su carácter, entran en la categoría de "no rentables".

Basta vivir en Francia unos días para comprobar hasta qué punto es vasta la influencia de los escritores en la opinión pública. Su palabra es requerida ante cada problema político, social y moral. No era posible que tan decisivo sector de la ciudadanía careciera de los derechos esenciales de la seguridad individual y familiar. Ahora es de desear que el ejemplo francés sea imitado y adaptado en otros países, especialmente en los de nuestro joven continente donde la inteligencia es casi siempre el camino más corto hacia la miseria.